

POSFACIO

Por J. M. Coetzee

Olive Schreiner (1855-1920) fue una escritora de talento cuya novela *Historia de una granja africana* (1883) dominó y sigue dominando la exigua literatura en inglés de la Sudáfrica anterior a 1910, el año de la Unión. Fue asimismo una pionera del feminismo y una decidida reformadora social que, en sus últimos años, utilizó su considerable reputación internacional para propagar su ideario en la escena política sudafricana.

No querría ni me atrevería a deplorar su carrera como activista, pero no puedo menos de pensar que ojalá esas energías que dedicó a cambiar el mundo las hubiera dedicado a su novelística, en concreto a pulir y a dar un final satisfactorio a su «gran» novela *De hombre en hombre*, que finalmente vería la luz seis años después de su muerte, en una edición elaborada por su marido a partir de material que ella dejó escrito.

En su versión no revisada e incompleta, *De hombre en hombre* ha sido reeditada varias veces a lo largo del siglo pasado, pero nunca ha tenido mucho eco ni ha sido traducida. Schreiner estaba convencida, y con razón, de que este libro contenía algunas de las mejores páginas que ella había escrito nunca. Por desgracia, contiene asimismo fragmentos de la prosa más anodina que haya aparecido publicada bajo su nombre.

La presente edición, revisada y abreviada, de la novela ha sido guiada por un espíritu de admiración por el —y (así lo creo) de fidelidad al— genio literario de Schreiner, genio que (así lo creo también) la propia

Schreiner desperdició y traicionó. Si su marido hubiera sido un escritor lo bastante competente, y hubiera tenido el suficiente coraje, el trabajo que yo he llevado a cabo podría haberlo hecho él: corregir, mejorar y, sobre todo, condensar el material del manuscrito.

Lo que su marido no supo hacer como editor es lo que yo he intentado aquí. Por añadidura, he aportado un capítulo para redondear una novela que, tal como estaba, no acaba de poner ese toque definitivo y concluyente. En el capítulo añadido no he intentado de ninguna manera imitar el estilo de Schreiner (que, de todos modos, es bastante rutinario) ni su *modus operandi* narrativo, salvo en un aspecto: aunque yo tengo preferencia por la narración en presente, utilizo aquí, como hizo ella, formas verbales en pasado.

A consecuencia de los prejuicios de su madre contra los afrikáners, Olive no llegó a aprender afrikáans. Los diálogos del capítulo añadido están escritos originalmente en afrikáans, la lengua de la mayoría de los personajes que en él aparecen.

Los numerosos estudiosos de la obra de Schreiner, qué duda cabe, considerarán una insolencia, una bellaquería, incluso una traición lo que yo he hecho en esta edición de su obra magna: «Con un amigo como él, ¿qué necesidad tiene Schreiner de enemigos?». Es una opinión con la que estoy dispuesto a convivir.

De hombre en hombre es la historia de dos hermanas nacidas a mediados del siglo XIX en una granja de una zona remota de la provincia de El Cabo. La hermana mayor, Rebekah, se casa con un empresario de éxito y cría a sus hijos en una zona residencial de Ciudad del Cabo. La pequeña, Albertina (Bertie), es seducida por un tutor a la edad de quince años, como consecuencia de lo cual es condenada al ostracismo por la sociedad. Se convierte en la querida de un rico mercader de diamantes que se la lleva a Londres para finalmente deshacerse de ella dejándola sin techo y sin dinero.

Medida según los parámetros de la novela del XIX, *De hombre en hombre* es una obra inacabada: llegados a la última página, ni las

complicaciones de sus dos tramas paralelas ni el destino de sus dos personajes principales han quedado resueltos, y ello a pesar de que la autora trabajó en el libro durante cuarenta años. Por qué no logró dar un final a una novela que había escrito, en una redacción anterior y con otro título, cuando tenía veintitantos años constituye el primero de varios enigmas.

Y no es que Schreiner anduviera desprovista de ideas sobre cómo terminar el libro. En una carta de 1886 describe por encima un final que según parece es de su agrado. Pese a estar atrapada en un matrimonio desdichado, Rebekah rechaza los avances de un pretendiente que es su émulo intelectual y a quien ha acabado queriendo; la separación es amarga. Sin embargo, años más tarde se reencuentran de casualidad y participan en una unión mística (sexual, pero no física), después de lo cual cada uno sigue su camino, pero fortalecido.

En cuanto a Bertie, la rescatan de un burdel cerca de Ciudad del Cabo y vuelve a casa gravemente enferma; Rebekah cuida de ella y, al final, es en sus brazos como muere. Rebekah le organiza un funeral público, cosa que provoca la ira de su marido Frank, ya que según este, dado el escándalo que había rodeado a su hermana, el funeral debería haberse celebrado en privado. Tras un último enfrentamiento con su esposo, durante el cual Rebekah le afea que un matrimonio como el que ella ha aguantado no es sino prostitución pero con otro nombre, ella lo abandona y se refugia en el Karoo. Estando allí se entera de la muerte de su amado en un desierto remoto. Rebekah aspira a una vida de esfuerzo dedicada a la mejora del género humano.

En su edición de 1926, el marido de Schreiner aporta una sinopsis del final que, asegura, ella le confió. En su versión, que difiere en detalle y énfasis de la que ofreció ella en 1886, Bertie es descubierta en un burdel «abatida por una repugnante y horrible enfermedad» y volverá a casa para morir allí. En su lecho de muerte rechaza el consuelo de la religión. Mientras tanto, el amor de Rebekah por su pretendiente va en aumento hasta el extremo de que ella comprende que se ha vuelto incompatible con su condición de mujer casada. Rebekah renuncia a él y se despiden para

siempre. Pasado un tiempo abandona a su marido y se va a vivir al Karoo, donde se dedica a la educación de sus hijos, incluida la niña adoptada.

Pero el hecho de que sea una novela inacabada encierra algo más que la ausencia de un capítulo final, el capítulo que Schreiner parece no haber tenido la menor dificultad en imaginar pero que nunca llegó a escribir. La primera edición, compilada por su marido a la muerte de ella a partir de materiales que la autora dejó escritos (un mecanoscrito de la primera mitad, y el resto de las páginas escritas a mano), es irregular en cuanto a calidad. Algunos capítulos o partes de capítulo han sido muy trabajados, otros son repeticiones de contenido, sobrecargados de detalles y de un estilo mediocre.

La escasa calidad de la prosa da pie a un segundo enigma: ¿por qué, dadas las numerosas veces en que Schreiner afirma por carta a lo largo de varias décadas estar volcada en la revisión del libro, hay largos fragmentos del texto publicado que parecen claramente no editados y, por consiguiente, inacabados también, en otra acepción de la palabra?

Para entender cómo es posible que *De hombre en hombre* haya llegado a nosotros en semejante estado, tal vez sea útil remontarnos al origen de lo que se cuenta en la novela.

Schreiner empezó a redactar lo que acabaría siendo *De hombre en hombre* en 1873, mucho antes de la publicación de *Historia de una granja africana* (1883), el libro que le dio fama. La redacción de la novela parecía marchar sobre ruedas, si hay que hacer caso de su afirmación de que confiaba en tener acabado el libro hacia finales de 1877. En años sucesivos encontramos en sus cartas reiteradas promesas, dirigidas a amistades pero incluso más a sí misma, de que pronto tendrá listo el manuscrito para su publicación. Sin embargo, en una carta crucial de 1884, Schreiner confiesa haber llegado a un *impasse*. Tras dar el fatídico paso en falso de «desvelar» la novela, se siente ahora desorientada; se maldice por no haber enviado el manuscrito antes de que le entraran las dudas. Y ahora no sabe si dedicar todas sus energías a «darle a *De hombre en hombre* un nivel satisfactorio» o bien abandonar la novela por completo.

Seguirá trabajando unos años más en el libro, que según dice le gusta «cien veces más» que *Historia de una granja africana*. Le tiene un cariño especial al Preludio, para cuya redacción se remonta a acontecimientos de su propia infancia; esas páginas contienen, a su modo de ver, lo mejor de su prosa. Pero, al mismo tiempo, empieza a lamentarse de que la mala salud le está chupando la energía creativa.

En una carta muy reveladora que escribió en 1889 habla de su *modus operandi* e, inadvertidamente, da a entender por qué está avanzando tan poco con la novela. No le gusta revisar, dice, en el sentido de releer lo que ha escrito, pluma en mano y con mirada crítica, a fin de mejorar el texto. En cambio, adopta una estrategia de o todo o nada. Piensa una escena de principio a fin, formándose una clara y detallada serie de imágenes mentales, luego se sienta a su mesa y da forma verbal a dichas imágenes consignándolas al papel. Si cuando relee lo que ha escrito, el texto le parece inadecuado, no intenta corregirlo y mejorarlo sino que lo destruye y empieza de nuevo.

En la medida en que esta autodescripción es válida para su práctica general como escritora, ayudaría a explicar por qué, pese a los años que afirma haber invertido «revisando» (en su sentido de este término) el texto de *De hombre en hombre*, gran parte del mismo suena a primeros borradores.

Más o menos por esa época empieza a detectarse un cambio sutil de énfasis en las novedades que Schreiner facilita por carta sobre el progreso de la novela: empieza, de hecho, a poner excusas por su dificultad en avanzar. «La sola idea de tener que mandar el libro a la editorial [...] parece liquidar mi capacidad para el trabajo», escribe. Solo se fía de sí misma a la hora de trabajar en la novela, confiesa, cuando está en un determinado estado de ánimo, o, como dice en otro momento, «bajo mucha presión». La pega, dice, es que en su precario estado de salud no puede permitirse obrar bajo presión el tiempo suficiente. Y finalmente, en 1898, para del todo: según lo que le dicen los médicos, escribe, no puede prever que vaya a terminar nunca el libro.

A la postre resultó que los médicos pecaron de pesimistas: Schreiner vivió todavía veinte años más. Durante este periodo asegura a sus corresponsales, de manera intermitente, que sigue trabajando en el libro, un libro en el que nunca ha perdido la fe y que, pese a todo, considera su obra magna. Bromea incluso diciéndole a su hermano que le hace ilusión publicarlo y que sea un éxito y ganar muchos millones. Pero en 1912, en un momento de especial claridad, reconoce que «la fuerza [creativa] se ha extinguido».

Al margen de su estado de salud, hay otro motivo que explicaría por qué el impulso inicial fue disipándose poco a poco o se marchitó sin más, un motivo que Schreiner no supo o no se permitió ver: a saber, que el mensaje de la novela, un mensaje que en la década de 1870 pudo parecer novedoso, urgente y relevante, iba perdiendo frescura con cada año que pasaba. Era un mensaje sobre el matrimonio y sobre las relaciones entre hombres y mujeres en general, y estaba dividido en dos partes. Primero, consistía en una crítica de la autoprostitución («parasitismo», según lo acuña Schreiner) a la que se veían forzadas las mujeres debido a presiones sociales y económicas. En Sudáfrica Bertie hace gala de solvencia y creatividad en todo tipo de labores domésticas; pero en Londres la única clase de empleo accesible para ella es el trabajo sexual. Segundo, ofrecía una visión profética de un futuro en el que hombres y mujeres cerrarían filas como seres libres e iguales, y en el que toda forma de sometimiento heredado —incluido el de los pueblos colonizados— quedaría superada para siempre.

La primera mitad del mensaje —una crítica de las relaciones de género— supo plasmarla bien con la historia paralela de las dos hermanas, la casada compartiendo cama con un hombre que tiene líos con otras mujeres, la soltera (e incasable) capaz de sobrevivir únicamente mediante la venta de su cuerpo. Pero encontrar un vehículo novelístico para la segunda mitad —su visión de un futuro ideal— resultó estar por encima de la capacidad de Schreiner como escritora. Lo máximo que es capaz de hacer es presentar dicha visión en forma de inconexo ensayo (o ensayos) histórico-filosófico que ella atribuye a la Rebekah diarista, quien a su vez los transmite en

forma reducida y simplificada a sus hijos con la esperanza de convertirlos (al menos a algunos de ellos, pues hay uno que parece haber salido incorregiblemente a su padre) en ciudadanos de un futuro ilustrado.

En la visión que Schreiner ofrece de cómo serían las relaciones libres e iguales entre hombres y mujeres se observa el mismo fracaso (de imaginación, de técnica). Se supone que Rebekah y su pretendiente el señor Drummond han de encarnar, o tender hacia, este bendito ideal. Pero cuando intenta escribir su historia Schreiner parece toparse con un muro de ladrillo: en sus manos, los supuestos amantes son más una pareja hermano-hermana intelectualmente compatible que una pareja conyugal. Por muy dispuesta que Schreiner pudiera haber estado a explorar, de hecho con entusiasmo, la sexualidad de las mujeres en su vida no literaria, la Schreiner novelista no logró encontrar un modo de escribir sobre sexo y sensaciones sexuales que no pareciera, en el momento de su muerte no mucho antes de la publicación del *Ulises* de James Joyce (1922), de un moralismo insufrible.

Así, en la historia de Bertie, a quien un hombre claramente prendado de ella trata como a una reina en Londres, y con quien comparte cama, no se nos da ni una sola pista sobre la naturaleza de las relaciones físicas que mantiene con su benefactor, ni, de hecho, sobre si Bertie y él tienen siquiera contacto genital. La amenaza del embarazo, que sin duda había inquietado a Bertie tras acostarse con su primer seductor, no parece constituir ya un motivo de inquietud.

El por qué el sexo queda tan estrictamente escondido *en un libro cuyo tema es la prostitución* es materia para especular. Pero —dejando al margen la historia sexual de la propia Schreiner, que fue poco usual en muchos sentidos— las normas de la ficción victoriana respetable no permitían apenas otra cosa que aventurarse de manera muy tangencial en la vida erótica de los personajes; Schreiner nunca se rebeló contra esas normas. *De hombre en hombre* no podría ser una novela más victoriana; que viera la luz pública en 1926, durante el apogeo del modernismo, no fue sino una anomalía.

Mi implicación en *De hombre en hombre* nace de la premisa de que, si bien hay largos fragmentos que son de lo mejor que Schreiner escribiera en su vida, la novela en la forma como nos ha llegado jamás tendrá un eco considerable: los monólogos de Rebekah se antojan cansinos, la narración peca de lenta y repetitiva, y se ve entorpecida por detalles superfluos; la prosa es demasiado vulgar y monótona. Como admirador de Schreiner (de su *Historia de una granja africana*, un logro extraordinario, atrevida y vanguardista, debida a la mano de una joven autodidacta sudafricana; de la energía y la valentía con que la autora se labró una carrera entre la *intelligentsia* británica; de su visionario análisis de la crisis que estallaría en la Sudáfrica del siglo xx), me duele leer página tras página de prosa de baja presión (por recurrir a su propia metáfora), una prosa que parece salida de la insensata creencia de que una dieta verbal sencilla y poco variada es la mejor. (El verbo «mirar», en todas sus formas, aparece 686 veces en el texto de Schreiner; el sustantivo «mesa» 254 veces; el adjetivo «pequeño[a]» 929 veces). También su sintaxis adolece de falta de variedad, con su insistencia en acumular frases sencillas ligadas por «y», conjunción que Schreiner utiliza 7316 veces, o sea 17 por página.

«Yo creo que [este es] el libro más femenino que se haya escrito nunca», le confiaba la autora a uno de sus corresponsales. Y, ciertamente, en *De hombre en hombre* leemos muchas cosas sobre prendas de vestir femeninas, a la moda o pasadas de moda, sobre muebles y complementos, sobre coser y zurcir y hacer conservas y pan y sobre otras tareas domésticas. Pero a ese comentario sobre lo «femenino» del libro Schreiner añadía a renglón seguido: «Dios sabe que yo pretendía otra cosa». Me he tomado este reparo como carta blanca para recortar los detalles femeninos allí donde entorpecen la narración. De manera parecida, he cortado episodios en los que aparecía Rebekah con sus hijos, pues los encuentro empalagosamente sentimentales.

Schreiner tenía buen ojo para la perfidia. *Mujer: cuidado con las mujeres* podría ser un título alternativo para la novela. Su tratamiento de la

señora Drummond y de Veronica Grey, los dos personajes femeninos que hacen cuanto está en su envidiosa mano para destruir a Bertie, es uno de los puntos álgidos del libro y donde su prosa se muestra más vibrante. Y, sin embargo, Schreiner censuró su talento para la sátira social —que ella califica erróneamente de «sarcástica acritud», de ahí que intentara no cargar las tintas—, un claro ejemplo de cuando la Schreiner idealista reprime a la Schreiner novelista.

En un sentido comparable, Rebekah, la heroína de la novela, no está tan claramente concebida como personaje de ficción como su marido Frank. En el caso de este, lo que el lector entiende a la perfección es que bajo el exterior de señorito *bon vivant* y bullanguero subyace un individuo narcisista y de un egoísmo ruin. El recuerdo de Rebekah que perdura en el lector, por el contrario, es algo que difícilmente Schreiner podría haber pretendido: que se trata de una mujer que no sabe cuándo parar, que las palabras manan de su pluma sin que nada pueda pararlas.

Al editar *De hombre en hombre*, y por aquello de no socavar el empuje de la narración, he cortado largos fragmentos de los monólogos de Rebekah. Sus ideas —que son las de Schreiner— sobre la necesidad de abrazar una herencia cultural y filosófica más amplia que la tradición occidental; sobre el colonialismo europeo y su deber (raras veces cumplido) de propiciar el progreso de los pueblos sometidos; sobre la naturaleza ahistórica del triunfalismo occidental, tal como se expresa en la doctrina de la superioridad de la raza blanca; sobre el principio maternal y su papel en la evolución; todo ello es de gran interés si uno quiere enterarse de qué era lo que Schreiner y contemporáneos suyos inteligentes y progresistas hablaban en el Londres de la década de 1880, pero metidas con calzador no pintan nada en una novela.

Queda en pie la cuestión del capítulo final que nunca llegó a escribir y del que solamente tenemos —de su puño y letra— un primer boceto. El núcleo del mismo parece ser que la historia de amor interrumpida entre Rebekah y Drummond debería llegar a consumarse de una forma u otra. Pero la consumación o matrimonio místico que Schreiner tenía en mente se

me antoja tan encopetado, tan abstracto y, en definitiva, tan incomprensible, que no me imagino intentando darle vida.

Tampoco encuentro aceptable que Bertie no tenga un futuro factible y que, por lo tanto, haya de ser víctima de una grave enfermedad. Al dar ese paso, Schreiner parece no oponer la menor resistencia al código moral victoriano en su faceta más puritana y cruel.

Bertie es, en el lenguaje de la época, una esclava blanca. El tráfico de mujeres entre Europa, las ciudades del Nuevo Mundo en plena expansión y las colonias británicas de ultramar era un tema candente en tiempos de Schreiner. Ella misma tenía un interés recurrente por el fenómeno de la prostitución. Hubo un momento, durante esa década de 1880, en que se dedicó a buscar a prostitutas por las calles y llevarlas al cuarto que tenía alquilado, ofreciéndoles asilo y comida, tal vez también dinero, atenta a lo que ellas le contaban sobre su mísera existencia. En 1907 le escribe a su marido: «Si lees *De hombre en hombre* verás que todos los demás asuntos me parecen nimios en comparación con los del sexo, y la prostitución es de todos ellos el más angustioso». Aquí y en otros momentos Schreiner considera que el concepto de prostitución abarca tanto a hombres como a mujeres: el hombre que usa a una mujer como objeto o instrumento, y por tanto no le da un trato de igualdad, se prostituye a sí mismo degradando y traicionando su yo ideal.

Pero la de Bertie solo es una historia de esclava blanca en su última fase, la fase que no se narra en la novela de Schreiner, después de que Bertie es desechada por el mercader de diamantes y acaba primero en un burdel del Soho londinense y luego, tras hechos que tampoco nos son revelados, en un burdel de la Colonia de El Cabo. Lo que hace memorable la historia de Bertie en cuanto que historia de cómo (el cuerpo de) una mujer pasa de hombre en hombre es, para empezar, la bien tramada narración de cómo su pecado es descubierto y, a raíz de ello, Bertie es perseguida por los perros guardianes de la remilgada moralidad protestante, perros tanto más poderosos habida cuenta de que la provinciana sociedad colonial en la que se mueve Bertie apenas si da opción a esconderse; y, en

segundo lugar, el relato paso a paso, totalmente privado de sentimentalismo y cimentado en una gran perspicacia psicológica, de cómo una ingenua chica de las colonias, sin nadie que le sirva de faro, acaba viniéndose abajo en una gran urbe donde está tan fuera de lugar como una mariposa en un matadero.

En el capítulo que he aportado para terminar el libro he ignorado, pues, el boceto de Schreiner y he seguido mi propia lógica dramática.

Una última nota sobre el lenguaje. De acuerdo con la manera de hablar de los sudafricanos blancos de su generación, Schreiner emplea palabras que ahora hacen arrugar la nariz en círculos correctos o educados, términos como *kaffir*, *nigger*, *Hottentot*, *boy* (para criado), *girl* (para criada)... Su tratamiento del mercader de diamantes judío que toma a Bertie como querida bebe asimismo de burdos clichés antisemitas: sin ir más lejos, al hombre se le llama simplemente «el judío», no tiene nombre propio.

Si esta fuera una edición académica del libro, yo habría dejado tal cual las preferencias de la autora. Pero no lo es. Comoquiera que me he permitido la libertad de mejorar la prosa de Schreiner allí donde me parecía pedestre, no he vacilado en reemplazar términos ofensivos con sinónimos más aceptables, o en ponerle un nombre al «judío». Pero con una salvedad: en varias ocasiones he conservado *nigger* cuando cumple una función, esto es, cuando Schreiner pone esa palabra en boca de un personaje para expresar el fanatismo racial de este.

La presente versión abreviada, revisada y, en ocasiones, reescrita de *De hombre en hombre* está basada en la única edición académica de la novela, la que editó Dorothy Driver y fue publicada en 2015 por la University of Cape Town Press. Las citas de cartas de Schreiner están tomadas de los útiles extractos proporcionados por Driver, páginas 429-468.